

MEDITA CONMIGO

Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón (Pr 20:27).

Para alumbrarse cuando la luz del sol se va, desde tiempos remotos se ha recurrido a quemar materiales combustibles mediante hogueras, antorchas, velas o lámparas; si careciéramos de los recursos modernos que el descubrimiento de la electricidad ha traído consigo, sin duda que echaríamos mano de esos rústicos modos para alumbrarnos; no obstante el adelanto tecnológico para producir poderosas lámparas, jamás se podría lograr alguna que alumbrara como lo hace la lumbrera llamada sol; así que cuando éste sale comenzamos a distinguir con la simple vista lo que de noche resulta imposible; todo esto es en el mundo físico, pero hay ámbitos abstractos en los que es necesario tener también capacidad visual, y para ello es necesario contar con luz adecuada a esta naturaleza; el más desafiante es el interior del ser humano llamado corazón; la lámpara usada ancestralmente para este fin ha sido alimentada con la virtud humana llamada intelecto, que modernamente conocemos como psicología, ésta pretende ver lo que hay dentro del hombre a través del estudio y observación de la mente, la que sólo es la ventana a través de la cual mira el corazón, éste es tan profundamente misterioso que es el contenedor de las intenciones y de la voluntad; tan es así que el profeta Jeremías escribió: *Engañoso es el corazón más que todas las cosas, perverso; ¿quién lo conocerá?* (Jer 17:9); el único que puede conocerlo es el Creador del hombre, por eso es que en seguida escribe el mismo Jeremías: *Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras* (Jer 17:10); nuestro Creador puso en cada hombre *espíritu*, por no decir que creó un espíritu provisto de alma y cuerpo; el cual es el vínculo de pertenencia al Creador y por ello funciona como lámpara de la individualidad existencial llamada corazón; lo inconmensurablemente misterioso e insondable es que no hay dos corazones iguales, esto es lo que nos hace singulares; podremos disponerlo para causas y puntos comunes en el sentir, pero jamás hacerlo réplica de otro, por eso es que Dios dice: *para dar a cada uno*; así que cuando miramos a Dios desde esta perspectiva no nos queda más que caer humillados delante de él y atribuirle la gloria correspondiente; porque mientras más le conocemos más conscientes seremos de nuestra bajeza. Ahora bien, si hay alguna grandeza a la que debiéramos aspirar es la de adueñarnos de nuestro espíritu, lo cual es en palabras del predicador ser más grandes que un conquistador (Prov 16:32); esto no es otra cosa que tener la virtud de conocernos a nosotros mismos, es decir, de poder visualizar la fortaleza o flaqueza de nuestro carácter; búsqueda de lo cual escasea en los quehaceres humanos.

Ahora bien, no obstante que estemos convencidos de que nada hay de nuestro interior que deje de ser visto por los ojos de Dios, hemos de estar convencidos también de algo más: que él espera que seamos voluntariamente transparentes ante su presencia, es decir, aunque él sabe todo sobre ti, él desea que tú se lo digas; porque en su soberanía nos dotó de voluntad, lo cual quiere decir que por su propia dignidad jamás nos tratará como títeres; así que cuando le abrimos el corazón y permitimos que él nos alumbre el interior, le estamos comunicando que deseamos que nuestro corazón esté a tono con el de él; esto es lo que el rey David le comunicó al decirle: *Tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría* (Sal 51:6); *Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos* (Sal 139:23); *Escudriñame, oh Jehová, y pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón* (Sal 26:2); por esto es que Dios dijo de él: *Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón* (1 Sam 13:14). Esto es lo que significa **ser transparente delante de Dios**, y sólo de esta manera podremos ser vasos útiles en sus manos; esto es tan posible como tan posible ha sido que el Hijo de David habite en nuestro corazón por la fe, cuyo Espíritu produce en nosotros tanto el querer como el hacer por su buena voluntad (Fil 2:13).

No nos dejemos llevar por la opinión que los hombres tengan de nosotros, o por la propia, y busquemos sin temor la de Dios, hagamos caso a la exhortación hecha en la epístola a los Hebreos la cual dice: *Acerquémonos (al Lugar Santísimo) con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia* (Heb 10:22). Caminemos en pos de lo supremo, a la estatura del varón perfecto, la cual no se ve en lo que ven los ojos, sino en lo que ve el Espíritu.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava